

# LA LEYENDA

Kathleen Givens



Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Título original: The Legend  
Traducción: Alicia Azcue de Bartrons

- © 2002 Kathleen Givens. Reservados todos los derechos
- © 2008 ViaMagna 2004 S.L. Editorial ViaMagna. Reservados todos los derechos.
- © 2008 por la traducción Alicia Azcue de Bartrons. Reservados todos los derechos.

Primera edición: Junio 2008

ISBN: 978-84-92431-24-3

Depósito Legal: M-25865-2008

Impreso en España / Printed in Spain

Impresión: Brosmac S.L.

© Valery  
[www.valery.es](http://www.valery.es)  
[editorial@valery.es](mailto:editorial@valery.es)

Editorial ViaMagna  
Avenida Diagonal 640, 6ª Planta  
Barcelona 08017  
[www.editorialviamagna.com](http://www.editorialviamagna.com)  
email: [editorial@editorialviamagna.com](mailto:editorial@editorialviamagna.com)

Este libro está dedicado a:  
Cheryl y Annie, cuyo aliento, gracia y humor  
ante las dificultades han sido fuente de inspiración;

Kerry, John, Patty y Mike, que colman  
de risas y felicidad nuestras vidas;

y a Russ, mi amor eterno.

## Reconocimientos

Este libro tuvo tres editores: Maggie Crawford, que fue quien lo inspiró; Karen Kosztołnyik, que lo vio nacer, y Beth de Guzmán, que me guió con mano firme. Mi agradecimiento a todos ellos, especialmente a Beth, que luchó junto a mí en las trincheras y cumplió con su deber de forma extraordinaria sin emitir queja alguna. Gracias también a Diane Luger, del Departamento de Arte de Warner's, por otra portada maravillosa.

Quisiera agradecer también al clan Graham su entusiasmo por la historia de la prima de Bonnie Dundee; y a los clanes MacKenzie y MacLeod por cederle temporalmente su territorio al clan MacCurrie; un agradecimiento especial a Stephen R. MacKenzie, Presidente de la Compañía Clan Mackenzie en Américas Inc. y Teniente de Caberfeidh, a su esposa Barbara y a su hija Anne. Asimismo, quiero dar las gracias a Lawrence P. Johnson, Delegado de California del Sur de la Sociedad del Clan Gunn de Norteamérica, y a Nancy y Charles Williams, de Tea and Sympathy, por su constante apoyo a través de libros y por acogerme en todos los Festivales. Mi agradecimiento también a Peggy Gregerson y Dennis Petersen por su asesoramiento respecto a los vínculos especiales entre gemelos.

Por leer cada palabra un millón de veces y por su comprensión infinita, quiero dar especialmente las gracias a mi

esposo Russ; por sus críticas y sugerencias, a Cheryl Becker, a Debra Holland y a Peggy Gregerson. Y mi reconocimiento también a otros escritores que me ayudaron: los Loopies, las damas de Tea and Sympathy y Deb Cooke. Mi más profunda gratitud a Virginia Henley por su generosidad.

No podría haber terminado este libro sin el apoyo de Russ, Kerry y John, así como también el de Patty y Mike; y el de mi familia: Violet, Julius, Rich, Jill, Jon, Paula, Nikki, Kim, Ben, Trev, Gwen, Pam, Bob, Greg, Sam, Bev, Carly y Caitlyn; Tía Peggy y el grupo Westchester; al igual que el de R.E. Wall & Asociados, Forrest, Enrique, Mike, MJ, Jeff, Matt y Ron.

Mil gracias también a Guido y Bean; Susie y Mike; Rick y Mary; Jeanne y Cor; al «Lunch Bunch», Georgene, Peggy, Zan, Sue y Ginny y a sus compañeros. Y en cuanto a la investigación sobre las Islas Británicas, doy las gracias a Michael The Yorkshireman, Princesa Mal, Linda, la Rosa de Inglaterra, a Harry y a Song and Dance King.

Mi agradecimiento a todos ellos. La vida es buena porque todos ellos forman parte de ella.

## Prólogo

Febrero de 1660, Torridon, Escocia

Alistair MacCurrie, conde de Torridon y jefe del clan MacCurrie, apartó el cojín y sujetó los brazos de su esposa por encima de su cabeza, entrelazando sus dedos con los de ella. Agitó su cabello oscuro sobre los hombros y le sonrió antes de capturar su boca.

—Annie —dijo cuando levantó la cabeza—. ¿Estás lista por fin?

Ella rió, con los ojos oscurecidos en su pálido rostro.

—Sólo hemos hecho el amor durante una hora, mi amor.

—Te deseo —dijo roncamente—. He sido paciente. ¿Qué quieres que haga?

Ella no contestó, pero levantó las caderas para satisfacerlo. Él gimió de placer al penetrarla.

—Dame un hijo. —Ella respiró profundamente y se soltó las manos que él tenía cogidas para sujetarle los hombros y atraerlo hacia sí—. Dame un hijo, mi amor.

Alistair la penetró profundamente.

—Te daré un hijo, mi bella Annie. —Acometió apasionadamente una vez más—. Y otro más.

—Es suficiente —dijo Anne riendo—. No tenemos tantas habitaciones.

## KATHLEEN GIVENS

Le besó las sienes.

—Construiremos más.

Compartieron una sonrisa y después guardaron silencio, concentrándose en su unión. Annie alcanzó el éxtasis primero, aferrándose ferozmente a él; poco después los quejidos masculinos se unieron a los de ella, hasta que finalmente se quedaron dormidos abrazados. Ninguno de los dos vio el rayo que brilló en esa noche de febrero, ni escucharon el ruido que lo secundó.

Ni oyeron los murmullos que recibieron las luces del alba.

—La leyenda —se susurraban unos a otros mientras se aprestaban a realizar sus quehaceres.

Lánguidos después de la noche de placer, Alistair y Anne entraron en la sala cogidos de la mano. Ignoraron las miradas de soslayo que les dispensaron, estaban acostumbrados a los comentarios que provocaba su pasión. Pero cuando la menuda dama de cabello blanco los vio, se apresuró a ir a su encuentro. Sus palabras afectaron la compostura de la pareja.

—¿Lo habéis visto? —preguntó Mairi con voz azorada.

—¿Si hemos visto qué? —Alistair negó con la cabeza—. Madre ¿a qué te refieres?

—Venid —dijo Mairi mientras los llevaba fuera. Allí señaló el imponente roble que durante siglos se había mantenido erguido frente a la entrada del Castillo Currie. Alistair maldijo, y Anne quedó boquiabierta al ver lo que había sucedido durante la noche.

El árbol, con la base aún intacta, tenía el tronco partido en dos y la corteza de los bordes oscurecida; las ramas desnudas se erguían hacia el cielo. El olor a madera quemada saturaba el aire. Alistair dio un paso hacia delante y deslizó las manos sobre el tronco partido, después se dio la vuelta y miró lívido a su madre.

—Es la leyenda —le dijo Mairi a su hijo. Le echó un vistazo a su nuera, que la miraba con ojos muy abiertos—. ¿No la conoces, no es así?

Anne movió negativamente la cabeza.

—La leyenda de los MacCurrie —dijo Mairi— dice que tres generaciones de sus jefes nacerán y morirán en la misma fecha. Y que en la tercera generación nacerán dos gemelos que conducirán al clan hacia la guerra y después lo guiarán durante cincuenta años de paz. Y la señal de su concepción será dada por este árbol...

Se dio la vuelta para mirar al árbol y luego a Anne.

—El árbol se partirá en dos. Y cada mitad vivirá. —Miró a su hijo—. Tu abuelo y tu padre murieron el día de su cumpleaños. Es la leyenda, como el profeta la predijo. Anne lleva ahora en su vientre a los pequeños.

Alistair se dio la vuelta y miró a su esposa cuando llevó la mano a su vientre. Durante un rato, el único sonido que se escuchó fue el de las olas al romper contra el acantilado, después Alistair movió la cabeza como si intentase aclarar sus pensamientos.

—Madre —dijo—, sólo es un rayo.

—Alistair —le respondió la madre con suavidad—. Si las dos partes del árbol siguen vivas ¿lo creerás?

—Es sólo superstición.

—Es una profecía —insistió Mairi—. Y buena, hijo mío —rió—. Deberías estar celebrándolo. Cincuenta años de paz para Torridon. Y tus hijos la traerán.

Alistair permaneció en silencio, después se acercó a Anne, que se arrojó a sus brazos. Miró a su madre por encima de la cabeza de su esposa.

—No puedo creer en ella —dijo suavemente.

Mairi sacudió la cabeza.

—Ni yo. —Señaló el árbol—. Pero aguarda... el tiempo lo dirá. Paz, Alistair. Tus hijos traerán paz a mi tierra.

Anne giró el rostro hacia el árbol con la mano apoyada en el vientre y dijo:

—Noviembre. Nacerán en noviembre.

## Capítulo Uno

Marzo de 1689, Torridon, Escocia

James MacCurrie miró a su hermano a los ojos por encima de la tumba de su padre. Los ojos azules de ambos se encontraron y, como siempre, los hermanos lograron comunicarse sin palabras, compartiendo el mismo dolor. Sería la última vez que eran iguales. Una vez que se alejaron del montículo de piedras levantado en memoria de su padre, nada volvería a ser igual para ninguno de los dos.

James respiró profundamente y se dio la vuelta para mirar hacia su hogar. Sólido y sombrío, el Castillo Currie se erguía en la cima de una colina en la costa Oeste de Escocia, sobre las aguas de Loch<sup>1</sup> Torridon y Loch Shieldaig. Soplaban un viento fresco y por encima de las altas torres de piedra que se perdían en el cielo se concentraban densas nubes de tormenta, pero la multitud que permanecía de pie en el exterior de la fortaleza no les prestó atención.

El clan MacCurrie enterraba a su jefe ese día.

Neil les hizo una señal a los gaiteros que estaban alineados en la cima del acantilado. Sus atuendos escoceses brillaban y destacaban contra el agua gris a sus pies. Sus movimientos eran lentos y pausados cuando comenzaron la marcha fúnebre. Por un momento, la indómita música surcó el aire y su sonido se elevó por encima de los asistentes al fu-

1- Loch: en gaélico significa brazo de mar, ensenada, bahía o lago estrecho.

## KATHLEEN GIVENS

neral antes de rodear el castillo en un último abrazo, para remontarse trémulo hasta el otro lado de la cima, atravesar el lago y perderse finalmente allende el mar. James cerró los ojos luchando por mantener el control, ignorando las miradas del clan que observaban a la familia.

«La leyenda», susurraban aquí y allá, como lo habían hecho persistentemente durante los últimos meses, con mayor excitación cada día que transcurría. Habían guardado silencio el día en que, después de permanecer semiinconsciente durante semanas, Alistair abrió los ojos, habló por un momento con su familia y cogió la mano de su amada Anne. Y después, falleció. En el día de su cumpleaños. Como había sucedido antes con su padre y con su abuelo, exactamente como lo había vaticinado el profeta Brahan<sup>2</sup>.

El clan completo se reunió para sepultar a Alistair MacCurrie, llegaron desde las villas pesqueras situadas en las orillas del lago, desde las granjas cobijadas por las montañas rocosas que se extendían desde el valle de Torridon hacia el este y desde las azulinas islas que se perdían en el mar.

James podía apreciar sus miradas, percibir su asombro. El también sentía lo mismo. Había crecido con la leyenda, había pasado todos los días frente al árbol que simbolizaba su concepción, había celebrado cada cumpleaños de su padre con excitación y temor. Pero no había creído realmente que se cumpliría.

«Llegará el día», había dicho el profeta con las mismas palabras que utilizaba para expresar todos sus vaticinios, y después había explicado con detalle la profecía. Ahora James se preguntaba si el resto sería verdad también. Desde la muerte de su padre había estado inmerso en una lucha interna, parte de él creía y la otra aún desconfiaba. Sólo el tiempo lo desvelaría.

Sintió cómo la garganta se le cerraba cuando el sacerdote colocó una mano sobre el ataúd y pronunció una plegaria por el alma de Alistair. Su padre había sido un hombre ex-

2- Brahan: uno de los profetas más famosos de Escocia que vaticinó, entre otras cosas, la llegada del ferrocarril a las Tierras Altas.

traordinario. ¿Cómo era posible que se hubiese ido? ¿Cómo podía ser verdad que jamás volverían a escuchar el rugido de su risa o sentir la palmada en el hombro que siempre les daba antes de abrazarlos? Nunca volvería a burlarse cariñosamente de ellos, ni les daría aliento para que superasen las dificultades, ni los felicitaría por sus esfuerzos. Nunca más escucharían su consejo advirtiéndoles en quién confiar y de quién recelar. James sacudió la cabeza en un vano intento por rechazar la muerte.

Su primo Duncan MacKenzie se acercó a él y James le brindó una mirada agradecida. Duncan asintió con ojos solemnes e inclinó su rojiza cabeza cuando el sacerdote continuó. James no escuchó las plegarias ni las respuestas que profirieron los dolientes. Se miró fijamente las manos crispadas mientras trataba de ignorar las oleadas de dolor que los acongojaban a él y a Neil.

Ambos hermanos se dieron la vuelta cuando su madre se derrumbó en el suelo. Anne yacía desmayada al pie de la tumba, sus frágiles hombros se convulsionaban por los sollozos. Cuando sus hijos se inclinaron para levantarla, su abuela los detuvo. Las plegarias se interrumpieron y la multitud observó en silencio.

—Dejadla —dijo Mairi, mirando a Neil y a James—. No podéis consolarla. Dejadla llorar, muchachos. Es imposible evitar que sufra la pérdida.

—Pero, abuela —dijo James, con la mano apoyada sobre el brazo de su madre.

Mairi lo detuvo con la mirada.

—Dejadla. Vosotros no podéis comprender su dolor. Dejadla en paz. —Se le llenaron los ojos de lágrimas y su expresión se suavizó—. Por favor, muchachos, dejadnos llorar. Entierro a mi hijo hoy, y vuestra madre a su esposo. No hay consuelo posible para nosotras.

James y Neil intercambiaron una mirada, después se apartaron de las mujeres. El viento arremolinó la ropa de Ja-

## KATHLEEN GIVENS

mes y le soltó el pelo que llevaba sujeto, lo ignoró intentando controlar sus emociones. Encontró la mirada de Neil, que reflejaba la misma incredulidad y la misma pena que sus propios ojos, los ojos fraternales tan iguales en forma y color a los suyos.

Y vio algo más. James observó que su hermano se endurecía y se cubría de un manto de responsabilidad. Neil era ahora el jefe del clan MacCurrie y el conde de Torridon. Y James, su vasallo.

Neil era mayor que él por cuatro minutos, y eso marcaba la profunda diferencia entre ambos. Ahora, por primera vez en la vida, los hermanos no serían iguales. Habían sido criados para ese día, habían sabido que se avecinaba durante los largos meses de enfermedad de su padre, pero nunca habían hablado sobre ello. ¿Acaso había algo que decir al respecto? James sabía que Neil guiaría bien al clan, y que Duncan lo ayudaría.

La expresión de Neil se suavizó, y James supo que su mensaje de apoyo había sido recibido y apreciado. Siempre habían sido capaces de entenderse sin necesidad de hablar, aun cuando no estuviesen juntos. Cuando James estaba de viaje, Neil sabía cuándo estaba a punto de llegar. Cuando Neil se rompió una muñeca mientras estaba en las islas, James había notado que algo andaba mal. Nunca se habían cuestionado esa capacidad. Algunos la encontraban inquietante, pero los gemelos la valoraban y confiaban en ella. Y ahora la necesitarían más que nunca porque Alistar había muerto en tiempos turbulentos. La guerra flotaba en el aire.

Los hermanos y Duncan arrojaron los primeros puñados de tierra sobre la tumba y retrocedieron para que los miembros del clan completaran el ritual. Cuando terminaron, su abuela ayudó a Anne a ponerse de pie y la sujetó de la cintura hacia la tumba.

—Era mi hijo —dijo Mairi en un tono de voz que pudo ser escuchado por la multitud—. Y siempre estuve orgullosa de él. —Le tembló el mentón y su tono se hizo más quedo—.

Hace cuarenta y cuatro años le di la vida. Hace tiempo que yo debería ser quien yace en esa tumba, y él quien me llorase.

Respiró temblorosamente y miró a cada uno de sus nietos. Su tono se suavizó:

—Es vuestro tiempo ahora. Haced cumplir la profecía. Traed paz a mi hogar.

James observó a su abuela colocar con dedos temblorosos la primera piedra sobre la tumba de su hijo, después dio un paso hacia delante y acudió junto a Neil y Duncan. Terminó la ceremonia. El cielo se abrió y el azote del viento los castigó. Torridon se despidió de su laird<sup>3</sup> con una demostración de furia que sería recordada durante décadas.

Esa noche, después de que pasara la tormenta, los tres primos caminaron lentamente a lo largo de los arcos del Castillo Currie. Debajo de ellos, en la protegida Bahía Torridon, se encontraban anclados los barcos de Duncan. La tenue luz del sol los iluminaba, al igual que a la flota MacCurrie. Los barcos pesqueros estaban amarrados en el muelle, otros yacían en la playa rocosa, ociosos en ese día de luto.

James miró hacia el lago con emoción contenida. Estaba exhausto por el funeral y la comida que se sirvió posteriormente. Después de la ceremonia había acompañado a Neil cuando los miembros del clan se acercaban a presentar sus condolencias con expresiones de tristeza y de aliento. Les había dado las gracias a todos ellos, conmovido por su preocupación, pero había sentido como si se observase a sí mismo desde lejos.

Algo fácil de hacer, pensó, mirando de reojo a Neil. Podía verse también a sí mismo en el rostro de su hermano, que reflejaba sus propios sentimientos. Tenía las oscuras cejas fruncidas y estaba observando el muelle. Duncan también es-

3- Laird: título escocés que se remonta a la época feudal; de carácter hereditario, conlleva el reconocimiento de los derechos sobre la tierra. Aunque tradicionalmente es traducido como «lord», no es su equivalente directo porque no es reconocido como título nobiliario en sí mismo, además, los derechos sobre el título y la tierra son indivisibles, mientras que en el caso de «Lord of Manor», los derechos al título pueden ser traspasados sin que implique el cambio de dominio de las tierras.

## KATHLEEN GIVENS

taba callado. El cielo no había aclarado, las nubes oscurecían las imponentes montañas que circundaban Loch Torridon, y el viento aún azotaba al castillo con brío que no amainaba.

Si se daba la vuelta, podría ver la torre donde había muerto su padre, donde su abuelo y bisabuelo habían fallecido, donde Neil y él habían sido concebidos y habían nacido. Podía sentir las piedras que estaban detrás de él cual testigos del cumplimiento de la leyenda. «Superstición», se dijo. No obra del destino, ni concreción de un vaticinio. Si pudiese creer en ella. Se sentía como un actor sobre un escenario. Pensó que las líneas proferidas eran propias, pero algunas veces se preguntaba si otra mano estaba dirigiendo sus acciones, las de todos.

Según lo que podía recordar, James había percibido el poder de la leyenda, había sabido que algún día Neil y él deberían enfrentarse a su fuerza invisible. La mirada alerta del clan había seguido el crecimiento de los gemelos hasta que alcanzaron la altura y fortaleza de su padre, ahora esperaban ver si realmente eran iguales a él. Alistair se había ganado su respeto, pero sus hijos aún debían demostrar su valía.

James echó una mirada a sus compañeros. Los tres hombres eran altos y esbeltos, pero hasta allí llegaba la similitud entre ellos. Duncan, de carácter ecuánime, había heredado el cabello cobrizo de su padre y sus ojos verdes, mientras que los gemelos tenían el cabello oscuro de Alistair y los ojos azules. Y su temperamento, reconoció James con una sonrisa; su abuela se había lamentado a menudo de ello.

Eran primos por el lado materno, sus madres eran hermanas, Anne e Isabel MacKenzie, y al morir el padre de Duncan cuando tenían catorce años, su primo había tenido que ir a vivir a Torridon. Alistair lo había criado como a un hijo más, le había enseñado y guiado como a sus propios hijos. Los gemelos no podrían imaginarse la vida sin su versátil primo. Había sido un buen aliado, cómplice de fechorías juveniles y compañero incondicional cuando fueron mayores.

—Fue una buena ceremonia —dijo Neil suavemente.

—Si, asistió el clan completo —dijo Duncan. Hizo una pausa apartando la mirada de los barcos para mirar primero a un primo y después al otro—. Los otros llegarán pronto.

James asintió. Duncan tenía razón. Los representantes de los clanes MacLeod y MacKenzie, cuyas tierras lindaban con las del clan MacCurrie, llegarían tan pronto se supiese la noticia de la muerte de Alistair. Vendrían a presentar sus respetos. Y a juzgar por sí mismos la entereza del nuevo jefe del clan MacCurrie. Neil no resultaría una sorpresa para ellos, ya que los clanes se conocían muy bien mutuamente, pero los hombres vendrían de todas formas. Y presentarían sus condolencias. Traerían noticias del mundo exterior. De la guerra.

Durante meses habían circulado rumores acerca del levantamiento de las tropas en el continente, de rebeliones planeadas dentro del propio territorio. Ni Escocia ni Inglaterra habían visto con buenos ojos a Jacobo Estuardo<sup>4</sup> como rey, ya que había sido un líder débil y muchos estaban resentidos. Ambos países estaban cansados de los enfrentamientos que había provocado. Pero pocos esperaban que Guillermo de Orange, yerno del rey Jacobo, le disputase el trono. Y que lo venciese, al menos en cuanto al trono de Inglaterra. El de Escocia no había sido decidido aún.

—Querrán hablar sobre el rey —dijo Duncan.

—¿De cuál? —preguntó Neil sombríamente.

Guillermo había desembarcado con sus tropas el pasado noviembre. Al principio parecía que el rey Jacobo iba a presentar batalla, pero al cabo de un mes había huido a Francia, y para febrero, Guillermo y Mary habían sido declarados reyes de Escocia. Ahora la pareja real aguardaba, al igual que toda Bretaña, que la Convención Escocesa, encuentro que se llevaría a cabo en Edimburgo, ratificara su derecho al trono de Escocia.

Los MacCurrie no habían prestado atención a las disputas. Mientras Londres y Edimburgo hervían de agitación e intriga, Torridon se había concentrado puertas adentro, expectantes por la debilidad de su líder. Ahora, lo deseasen o no, era el momento de reinsertarse en el mundo.

4- Jacobo Estuardo: Tras la muerte de Carlos Estuardo (1685), su hermano Jacobo se convirtió en rey Jacobo II de Inglaterra y VII de Escocia.

## KATHLEEN GIVENS

Ninguno de los gemelos deseaba verse implicado en la lucha por el trono, pero quizá no tuviesen otra opción. La Convención Escocesa se pronunciaría en cualquier momento para reconocer a uno de los soberanos, y los clanes de las Tierras Altas se verían obligados a aprobar o rechazar la decisión adoptada. A tal fin, estaba prevista una reunión de los clanes en el Castillo de Dunfallandy.

—La reunión se llevará a cabo en quince días —dijo James.

Neil asintió.

—Debemos estar presentes.

—Es cierto. —Duncan cruzó los brazos sobre el pecho—. ¿Cuál de vosotros me acompañará?

Neil miró a su hermano durante un momento, y después se dirigió a su primo:

—Jamie —dijo.

—Sí, es lo mejor —aceptó Duncan—. Tú debes permanecer aquí en caso de que venga alguien más a presentar sus condolencias. —Pero había otra razón para que Neil se quedase, una más importante. La transición de poder en un clan era un momento peligroso, demasiado difícil como para que el jefe del clan se ausentase. Con rumores de guerra, sería una tontería dejar desprotegido el territorio MacCurrie.

—Ya es complicado que no podamos ir por mar; tendremos que ir a caballo. Sabéis cómo me gustan los caballos. —Duncan suspiró ruidosamente mientras observaba las naves que estaban abajo—. ¿Cuándo partiremos?

—Tardaréis una semana en llegar —dijo Neil, y buscó con los ojos la mirada de su hermano. La leyenda, pensó James, captando el silencioso mensaje. Los gemelos guiarían al clan a la guerra, y luego sobrevendrían cincuenta años de paz. Y en Dunfallandy, los clanes discutirían respecto a la guerra.

—Sabéis que odio cuando hacéis eso —dijo Duncan con tono apacible—. Hablad.

James miró primero a su hermano y después a su primo.

—Estamos pensando en la leyenda y las habladurías que surgirán si hay guerra.

Duncan gruñó.

—Ya han surgido muchos rumores. Todos os han estado observando aquí y harán lo mismo durante la reunión. Fergusson invitó a los jefes de los clanes, no a representantes. Estará esperando a Neil, y ese hombre se ofende fácilmente.

—Sí —dijo Neil—. Ésa es la razón por la cual asistirá Neil.

Duncan miró primero a Neil y después a James.

—Ajá. Jamie viajará conmigo, pero Neil asistirá a la reunión. Bien. Nadie notará la diferencia aquí, y nadie se dará cuenta allí, salvo yo. Funcionará.

James levantó la vista hacia la torre del castillo, sintiendo el peso de las generaciones. Se dio la vuelta para mirar a su hermano a los ojos. Los gemelos mantuvieron la mirada durante largo rato.

Netherby, Escocia

Ellen Graham sonrió a su hermana mayor y se colocó las manos en la cadera.

—¡Flora, por el amor de Dios, deja de bailar!

Flora dejó de girar para sonreír frente al espejo. Sus rizos castaños dejaron de agitarse y le enmarcaron las mejillas rosadas, y sus faldas lentamente dejaron de balancearse.

—¡Me caso hoy! ¿Por qué no puedo bailar, Ellen?

Ellen rió.

—¿Por qué no? Incluso el sol ha salido para ir a tu fiesta. Es el primer día soleado en años.

—Porque es el día de mi boda —dijo Flora mirando a Ellen por encima del hombro—. Por fin. ¿Crees que le gustará mi vestido a Tom?

—A Tom le encantará tu vestido. Se casaría contigo aunque vistieras un saco de granos.

## KATHLEEN GIVENS

—Lo haría, ¿no es así? Probablemente ni siquiera lo notaría.

—Tom sólo quiere casarse contigo. Te ama desde que erais niños.

—Y yo a él. Sólo que no me había dado cuenta. Papá tenía razón.

Ellen suspiró. Durante años su padre le había dicho a Flora que jamás encontraría a alguien que la amase más que Tom Stuart. Pero Flora, mareada por la atención que habían recibido las tres hermanas Graham desde su presentación en sociedad en Edimburgo y en Dundee, había estado demasiado ocupada como para reparar en el joven que la había adorado desde siempre.

Tom, bendecido con una paciencia que Ellen nunca entendió, había esperado a que Flora se hartase de sus candidatos y aceptase ser su esposa. Cuando finalmente lo hizo, en noviembre, Tom marchó con las tropas dirigidas por su primo John hacia el sur para formar parte del ejército leal al rey Jacobo, con el propósito de resistir la invasión de Guillermo de Orange. Flora, alejada de los sucesos del mundo, se había sentido primero desconcertada y luego fue la única en la casa Graham que se alegró cuando el rey Jacobo huyó a Francia y su ejército se dispersó.

Ahora, seis meses después, Tom y Flora iban a casarse a pesar de los tiempos inciertos que se avecinaban. Aunque nadie hacía mención de ello, y menos a Flora, la mayoría de la familia estaba preocupada por lo que podría sucederle a un oficial del ejército de un rey destronado. Sólo Flora y su primo John parecían optimistas acerca del futuro.

—Mi boda será muy diferente a la de Margaret —dijo Flora—. ¡No puedo creer que sólo habiendo ido de visita se enamorase de un completo extraño y se casara con él! Margaret. ¡La persona más seria del mundo!

—La persona más peculiar del mundo —dijo Ellen—. Dijo que el corazón se le detuvo cuando vio a Hugh por primera vez.

—Eso no es amor —dijo Flora con aires de suficiencia—. Amor es lo que siento por Tom.

Ellen sonrió para sí. Cuán diferentes de lo que había imaginado habían sido las bodas de sus hermanas. El año anterior, la sensata y práctica Margaret había perdido el corazón por Hugh MacDonnell y ahora vivía en Glengarry, en la región más salvaje de las Tierras Altas, a punto de dar a luz a su primer hijo. Y ese día, la frívola Flora iba a casarse con Tom, con quien planeaba vivir cerca de Netherby en vez de hacerlo en la ciudad, como siempre había asegurado que haría.

Ellen se miró en el espejo. Flora era la hermosa, Margaret, la sensata. ¿Y Ellen? Observó su cabello castaño oscuro y sus cejas arqueadas. «Soy angulosa» pensó. Tenía pómulos pronunciados, boca generosa, quizá demasiado. No era hermosa, no era bella, ni siquiera particularmente sensata, simplemente era la más joven.

—Serás la próxima —dijo Flora.

Ellen rió.

—Soy la única que queda.

—¿Con quién te casarás? —meditó Flora—. ¿Qué tal Evan?

—Oh ¡por favor! ¿Quién puede tomar en serio a Evan? Sólo está esperando que su abuelo muera para heredar su dinero. No es mi idea de esposo.

—Cuando lo herede, será rico.

—Pero seguirá siendo Evan.

—Es verdad. ¿Y David Grant?

—¡Oh, no! ¡Tú también! La tía Bea piensa que es perfecto para mí.

—Es muy apuesto.

—También nuestro padrastro. La apariencia de un hombre no refleja necesariamente su interior.

Los ojos de Flora se agrandaron.

—¡Mira quién habla!

—Al principio, todas consideramos a Pitney muy apuesto. Pensamos que era encantador cuando estaba corte-

## KATHLEEN GIVENS

jando a mamá. Y supusimos que, por lo menos, sería amable con nosotras.

—Pero, en cambio, fue espantoso. Es horripilante. Odio cuando intenta ser gentil. Es más fácil cuando utiliza sus usuales modales groseros. ¿Alguna vez está contento?

—Está muy contento por tu matrimonio con Tom.

Flora arqueó una ceja.

—Sí, es cierto. Me preguntó por qué.

—Oh, por favor, es muy sencillo —dijo Ellen—. Otra hija que se va de la casa. Está encantado. Ahora lo único que tiene que hacer es casarme a mí y estará feliz. ¿No has notado que permanentemente me está buscando candidatos? Está impaciente por que me case y me vaya de la casa. Y todos ellos tan viejos como para ser nuestro padre, incluso nuestro abuelo. Ninguno es de nuestra edad.

—Está David.

—Además de David, que se va a casar con Catherine, según asegura ella.

—Dice que ha hecho todo salvo proponérselo.

—Será perfecto para ambos —dijo Ellen—. Ella lo adora, y él adora su dinero. Le brindará las comodidades que él desea tanto. No, me quedaré aquí y volveré loco de frustración a Pitney.

—No entiendo a Pitney. ¿Por qué está tan ansioso por quedarse solo con mamá? ¿Crees que son felices?

Ellen negó con la cabeza.

—Últimamente creo que no. Mamá fue feliz al principio, pero no así durante el último año. ¿Y adónde va él? Siempre desaparece —suspiró.

—Parece imposible que lleven casados tres años. Se conocieron sólo seis meses antes de casarse. —Ellen miró a Flora a través del espejo—. Mamá fue muy tonta. Nunca debió haberse casado con él.

—No. ¿Por qué crees que lo hizo?

—Estaba sola. Pitney era apuesto y encantador. Habían pasado años desde la muerte de papá. Estaba cansada de estar sola.

—Supongo que no quería ser como la tía Bea.

—Lo de Bea es diferente. Nunca se ha casado.

—Pero lo habría hecho, Ellen. Si su pretendiente no hubiese muerto, se habría casado con él y habría tenido hijos. ¿Crees que debo cambiar el peinado?

Ellen sonrió.

—No, está perfecto. Y este día también será perfecto.

—Las jóvenes se dieron la vuelta cuando se abrió la puerta y entró su madre. Rose y la tía abuela Bea entraron con Britta, la joven que había sido elegida como doncella de Ellen. Los ojos de Britta estaban expectantes, y Ellen le sonrió. Le tenía afecto a la joven por ser tan dulce y por sus afanosos intentos de complacerla. Rose besó a sus hijas y rió cuando Flora comenzó a hablar aceleradamente sobre el vestido y el peinado. Ellen condujo a Bea hasta un asiento junto a la ventana.

—Estoy bien, estoy bien —dijo Bea—. Flora, estás hermosa.

—Gracias, tía Bea —dijo Flora.

—Lo está, ¿no es así? —dijo Rose—. Todas mis niñas son hermosas.

—¡Oh, sí que lo son, madame! —dijo Britta, después se sonrojó horrorizada.

Rose rió.

—Estoy completamente de acuerdo, Britta.

—Yo también —dijo Bea, y después se recostó sobre los cojines diciéndole por lo bajo a Ellen—: Estoy mucho mejor de lo que tu madre cree.

—Estuviste muy enferma —dijo Ellen.

—Lo estuve. Debo admitir que hasta yo me asusté.

—Bea sonrió de repente—. Incluso escribí mi testamento, le dejaré todo a Pitney

Ellen rió.

—Lo dudo.

## KATHLEEN GIVENS

—También yo. No puedo aguantarlo. Tomó la mano de Ellen—. No pasará demasiado tiempo hasta que tú también te cases. Deberías hacerlo con David. Ya te lo he dicho.

—Y yo te he dicho que jamás me casaré con él. No le importo, ni él a mí.

—Él asegura que le importas, pequeña. Le has importado durante años.

Ellen negó con la cabeza.

—Si yo le importase, no estaría cortejando a Catherine también. Sólo lo hace para provocarle celos.

Bea suspiró.

—Me gustaría verte establecida junto a alguien que cuidase de ti el resto de tu vida.

Ellen sonrió.

—¿No sería encantador?

Bea asintió, después corrió la cortina para ver a quién estaban recibiendo los sirvientes en el jardín.

—John está aquí —dijo, y se lo repitió a Rose—. Con diez hombres. Al menos tiene el tino de reconocer que es un potencial blanco de agresiones.

Rose miró a Bea, después a Ellen.

—Ve a recibirlo, pequeña. Lo estás deseando. Bajaremos en un momento.

Ellen sonrió mientras bajaba corriendo hacia el vestíbulo. Siempre estaba encantada de ver a John. Para el resto del mundo, podía ser John Graham de Claverhouse<sup>5</sup>, recientemente designado vizconde de Dundee y una figura central del ámbito político que fascinaba a Escocia, pero para ella era simplemente su primo favorito. John siempre había sido amable con ella, discutían sobre política y, aunque ella era mucho más joven, jamás subestimaba su interés ni ignoraba sus preguntas.

5- John Graham de Claverhouse, primer vizconde de Dundee: soldado y noble escocés. Inició su carrera militar en 1672, en el regimiento escocés de Sir William Lockhart. Carlos II lo nombró capitán en 1678 y lo envió a Escocia con órdenes de suprimir las reuniones presbiterianas en las Tierras Bajas, que al rey le resultaban sediciosas. Es entonces cuando se forjó su fama como represor de los covenanters. Sorprendentemente, se casó con lady Jean Cochrane, hija de una familia covenant. En 1686, fue promocionado al rango de comandante general y añadió la dignidad de preboste de Dundee, y como segundo al mando, después del general Douglas, lideró el ejército que se había enviado a Inglaterra para apoyar a la dinastía Estuardo. En 1688, Jacobo II lo nombró vizconde de Dundee mientras estaba con el ejército escocés en Inglaterra.

Durante años había formado parte del ejército del rey Jacobo y había sido recompensado con promociones y la asignación de mayores responsabilidades, algunas impopulares y peligrosas. En noviembre, cuando Guillermo amenazó con la invasión, el rey Jacobo había ordenado que su ejército se desplazara hacia el sur. John había abandonado de inmediato su regimiento, llevándose con él a Tom Stuart, uno de los oficiales de su mayor confianza, lo que obligó a Flora y a Tom a posponer la boda.

Cuando unas semanas atrás el rey Jacobo disolvió su ejército, John envió a sus hombres de vuelta. Flora había insistido en que se celebrara la boda de inmediato, a pesar de los rumores de guerra. Los pocos que conocían bien a John Graham sabían que no dejaría de luchar para impedir que el rey Jacobo perdiese el trono. Las especulaciones sobre sus posibles acciones habían corrido por doquier desde que la Convención se había reunido, y con más fuerza cuando John la abandonó de repente. Los rumores decían que se había movilizado para contactar a algunos de los clanes de las Tierras Altas que apoyaban al rey Jacobo.

También se rumoreaba que una vez que Guillermo se convirtiese en rey, las actividades de John serían consideradas como actos de traición. Como mínimo, decían las habladoras, sus días en el poder estaban contados. Y si sucediese lo peor... Pero Ellen se negaba siquiera a considerarlo. John y su amada esposa Jean iban a ser padres. ¿Cómo podrían causarles daño?

Lo encontró rodeado de sus hombres, con la espalda erguida y un atuendo color verde que realzaba su cuerpo esbelto. Siempre lo había considerado muy elegante, con su oscuro cabello rizado y rasgos agraciados. John no tenía apariencia de soldado. Era de contextura mediana y no demasiado alto, pero había demostrado su arrojo como un valiente comandante, era un líder natural. Y un súbdito leal del rey Jacobo, un hábito peligroso en esos días.

KATHLEEN GIVENS

Levantó la vista cuando ella lo llamó, y una sonrisa le iluminó el rostro. Lo abrazó y él rió besándole la mejilla al rodearla con sus brazos.

—¡Siempre puedo estar seguro de que seré calurosamente recibido por ti, prima! —dijo.

—Siempre estoy feliz de verte. No sabíamos si podrías venir.

—¿Y faltar a la boda de Flora y Tom? De ninguna manera. ¿Cómo está la novia?

—Hermosa. Y muy feliz. ¿Cómo está Jean?

—Muy bien, considerando que está casi a término. Cansada de esperar.

—La entiendo. —Ellen se acercó y bajó la voz—. ¿Qué noticias hay, John? ¿Dónde has estado?

La miró burlonamente.

—En casa, con mi esposa, ¿dónde más podría estar? Estoy a punto de ser padre.

—Faltan aún semanas. Y sé que te has ausentado. Jean escribió avisándonos que no podría venir por el nacimiento del bebé y nos dijo que estabas ausente. ¿Qué sucederá ahora?

La expresión de John se tornó sombría.

—La Convención decidirá a favor de Guillermo, Ellen. Le ofrecerán el trono.

—¿Y entonces?

—Aguardaremos para ver la reacción de Escocia. Si nadie objeta, Guillermo será el rey.

—Ya es Rey de Inglaterra

John entrecerró los ojos.

—Sólo hay un rey legítimo de Inglaterra, y es Jacobo Estuardo. Guillermo es un usurpador.

—Es arriesgado adoptar esa posición.

—Lo es. Y lo será más aún si tengo éxito en mis gestiones.

—¡Vas a levantar las tropas en apoyo del rey Jacobo!

—Veremos con qué apoyo cuento.

—¡John! ¡Bienvenido!

Ellen y John se dieron la vuelta y encontraron a Pitney Malden de pie en el umbral. Se dirigió hacia ellos con la mano extendida. La luz iluminó su oscuro cabello ondulado, sus labios mostraron una amplia sonrisa, pero sus ojos tenían un gélido brillo.

—Bienvenido a nuestra región. ¿Cómo se desenvuelve la Convención en Edimburgo? ¿Quién será rey?

—La Convención decidirá a favor de Guillermo —dijo John con tranquilidad.

—¿Has visto al rey Jacobo? ¿Qué opina?

John movió la cabeza.

—No lo he visto desde poco después de que Guillermo desembarcara. Parecía estar en trance. No podía creer que su propia hija y su yerno quisieran destronarlo. Cuando la princesa Anne se les unió, sufrió una aneurisma. No ha sido el mismo desde entonces.

—Es una historia muy triste —dijo Ellen.

—Ya es suficiente, Ellen. —Pitney frunció el entrecejo al mirarla—. No deberías estar discutiendo esto.

—Es fascinante. —Ellen intentó mantener un tono de voz ligero—. Lo que suceda en Edimburgo cambiará el futuro.

—Olvidas que eres mujer, Ellen —dijo Pitney desdeñosamente—. No deberías discutir sobre política. No entiendes de qué estamos hablando.

El silencio se hizo palpable. Los hombres de John se alejaron, muchos intercambiaron miradas. Ellen apretó los labios, intentando contener las palabras airadas que pugnaban por brotar.

—Ellen entiende de política tanto como cualquiera de los hombres que conozco, Pitney —dijo John con calma—. Y muy pocos, hombres o mujeres, pueden discutir ese tema con inteligencia.

—Tú eres militar, Dundee —dijo Pitney—. Se espera que discutas sobre esos temas. Pero Ellen no debería hacerlo. Es indecoroso. Y una de las razones por las cuales no se ha casado. Es poco femenino.

Ellen sintió que se quedaba boquiabierta y se sonrojaba. Hubiese contestado, pero su madre, a quien Ellen no había visto llegar, se le adelantó.

—Es suficiente, Pitney —dijo Rose con tono glacial—. Ellen no es de ninguna manera poco femenina. Mi hija es perfecta. —La alejó de ellos.

—No sé qué decir —dijo Rose cuando estuvieron solas en la escalera—. Pitney a veces es maravilloso, pero en ocasiones es espantoso, como ahora. Lamento que te tratara así.

Ellen forzó una sonrisa.

—Estoy bien, madre.

—No puedo dejarte sola. No iré a visitar a Margaret mañana.

—¡Madre! Margaret te necesita, y deseas acompañarla cuando tenga a su hijo. Ve. Así está planeado. Tanto Margaret como Flora se sentirían desairadas si te quedaras conmigo. Estaré perfectamente bien. Pitney puede decirme lo que quiera. No voy a dejar que me afecte.

Rose asintió, pero Ellen sabía que su madre no creía sus valientes palabras.